

**EN LA SOMBRA DEL ESTADO.  
ESFERA PÚBLICA NACIONAL Y HOMOGENEIZACIÓN  
CULTURAL EN LA ESPAÑA DE LA RESTAURACIÓN**

---

**IN THE SHADOWS OF THE STATE.  
NATIONAL PUBLIC SPHERE AND CULTURAL  
HOMOGENIZATION IN RESTORATION SPAIN**

Ferran Archilés y Marta García Carrión\*  
Universitat de València

*Entregado el 4-4-2012 y aceptado el 15-5-2012*

**Resumen:** Este artículo plantea el estudio de la interrelación entre las dinámicas nacionalizadoras impulsadas por el Estado y las surgidas desde abajo. A partir del análisis del periodo de la Restauración española se propone una interpretación alternativa a las tesis que han insistido en la debilidad del proceso nacionalizador en la España contemporánea. El artículo propone la centralidad de las dinámicas nacionalizadoras surgidas desde la sociedad civil pero que se produjeron en el marco establecido por el Estado. La homogeneización lingüística y la creación de una esfera pública integrada son los dos aspectos clave en el estudio de los procesos de homogeneización cultural.

**Palabras clave:** nacionalismo, construcción nacional, homogeneización cultural, nacionalismo español, Restauración.

---

**Abstract:** This article seeks to analyse the interrelation between the nationalization dynamics promoted by the State and those ones coming from below.

---

\* Los autores participan en el proyecto «De la dictadura nacionalista a la España democrática de las autonomías: política, cultura, identidades colectivas» (HAR2012-27392), del Ministerio de Economía y Competitividad.

The analysis of the period of the Spanish Restoration allows to propose an alternative interpretation to the theses that have emphasized the weakness of the nationalization process in contemporary Spain. The article proposes the centrality of the nationalization dynamics arising from civil society but developed within the framework established by the State. Linguistic homogenization and the creation of an integrated public sphere are the two key aspects in the study of the processes of cultural homogenization.

**Key words:** nationalism, nation-building, cultural homogenization, Spanish nationalism, Restoration.

Una de las zonas de sombra más características en los estudios sobre la construcción de la identidades nacionales, y específicamente sobre la identidad nacional española es la que se encuentra en el espacio impreciso que se extiende entre las dinámicas nacionalizadoras impuestas por el Estado y las dinámicas surgidas desde las esferas no institucionalizadas. Y todavía más oscura resulta la indagación en los efectos homogeneizadores resultantes de la interacción entre ambas. Por una parte, las dinámicas impulsadas por el Estado deberían apuntar hacia como el Estado español ha ejercido en la época contemporánea una potente tarea de homogeneización cultural y de marginación en la esfera pública de la diversidad cultural, especialmente la de matriz lingüística no castellana. Por otra parte, en cambio, las dinámicas no institucionalizadas o «informales» parecerían, de forma engañosa, estar completamente al *margen* de las iniciativas dependientes en uno u otro grado del Estado. En este sentido, incluso si se argumenta que estas dimensiones surgidas «desde abajo» o desde el margen pueden haber ejercido una tarea nacionalizadora, se trataría de una misteriosa actuación que ignoraría la alargada sombra del Estado.<sup>1</sup>

Este artículo argumenta en favor de una interpretación alternativa a la más extendida sobre la fallida nacionalización y homogeneización cultural en la España contemporánea. Para ello nuestro análisis se concentrará en algunas dimensiones de nacionalización desde abajo que afectan a la esfera pública.<sup>2</sup> Sin embargo, como trataremos de argumentar, ninguna de estas dinámicas ni ninguna de estas funciones homogeneizadoras pueden ser explicadas al margen del cono de influencia que el Estado sombrea sobre la totalidad de la esfera de comunicación que es la nación.<sup>3</sup> No es nuestra intención trazar una contraposición rígida entre una idea del Estado entendida por completo al margen de las influencias y confluencias desde abajo, ni siquiera tratándose del Estado de la Restauración española. En nuestra opinión, sería necesario explorar desde una perspectiva de renovada historia social e historia cultural, la interacción que, en

---

<sup>1</sup> En el trabajo canónico sobre los procesos de nacionalización en Alemania, George Mosse demostró la importancia decisiva de las dimensiones no directamente estatales en la construcción y difusión de la identidad alemana, como el movimiento obrero o el teatro. Véase George L. Mosse: *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons, Madrid, 2005.

<sup>2</sup> Sobre las dificultades de definir esta dimensión «desde abajo», Maarten van Ginderachter, Maxim Beyen: «General Introduction: Writing the mass into a massa phenomenon», en M. van Ginderachter, M. Beyen: *Nationhood from below. Europe in the long Nineteenth Century*, Palgrave, Basingstoke, 2012, pp. 3-22.

<sup>3</sup> Benedict Anderson: *Comunidades imaginadas*, FCE, México, 1993.

la España de la Restauración, hizo confluír la acción del Estado, la forja de una esfera pública y de comunicación social y las dinámicas de la sociedad civil en la construcción de una identidad nacional. Una identidad nacional que expulsó a lo márgenes o fuera de ellos la diversidad cultural tan pronto como cualquiera de sus manifestaciones o reivindicaciones alcanzaba unos límites considerados inaceptables y que, nada casualmente, comportaban, precisamente, su salto a la esfera pública «nacional». Lejos de suponer un *apriori* histórico (como sería plantearlo para la primera mitad del siglo XIX), las demandas de *reconocimiento* de la diversidad cultural por parte de las culturas no oficiales del Estado se produjeron, y con intensidad creciente según avanzó el tiempo, en el marco de la Restauración.<sup>4</sup>

Caben pocas dudas de que en la España de la Restauración no hubo, ni se pretendió nunca, ejercicio alguno por parte del Estado de construcción o reconocimiento de una identidad multicultural. Dejamos al margen de nuestras consideraciones la diversidad en los ámbitos coloniales (hasta 1898 en América y Asia y hasta el fin del periodo en África) donde la pluralidad religiosa, racial o lingüística, se mantuvo de facto, ante la incapacidad (y probablemente, la inutilidad) de una acción homogeneizadora por parte del Estado más que por una acción deliberada de respeto.

Todavía estamos muy lejos de disponer de un marco sólido de análisis de la construcción de las identidades nacionales y su interiorización por parte de los sujetos. En otro lugar planteamos la posibilidad de intentar definir unas «experiencias de nación», particularmente en relación con los debates historiográficos (y no historiográficos) entorno a la «nacionalización» de las masas.<sup>5</sup> La mayoría de trabajos realizados en este sentido ha insistido casi de manera exclusiva en la función del Estado a la hora de fomentar y difundir los discursos del nacionalismo. Sería a partir de ahí, en definitiva, cómo, desde arriba hacia abajo, tendría lugar el mecanismo de «interiorización» de las identidades. La obra de Eugene Weber dedicada

---

<sup>4</sup> Sobre estas políticas de reconocimiento o su ausencia, véase, Charles Taylor *et alii*: *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, FCE, Madrid, 1993.

<sup>5</sup> Véase, Ferran Archilés: «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c-1920)», en J. Moreno (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007, pp. 127-152; Ferran Archilés: «Vivir la comunidad imaginada. Nacionalismo español e identidades en la España de la Restauración», *Historia de la Educación*, 27, 2008, pp. 57-85. En este artículo retomamos algunos datos y argumentos de este último trabajo.

a la construcción de la identidad nacional francesa es el paradigma perfecto de este tipo de planteamientos. Para Weber, la modernización implicaría la erosión de las identidades tradicionales (esto es, rurales) en un proceso que desde la acción del Estado (y a través del ferrocarril, la Escuela y el servicio militar) tendería a homogeneizar la nación, también en sentido cultural (no en balde la imagen preferida de Weber habla de una Francia rural sometida a condiciones similares a las de las colonias ante la acción imperial).<sup>6</sup> De esta manera, los individuos (así como los campesinos) parecen ser concebidos como recipientes *vacíos* sobre los que verter el contenido que ha de rellenar su identidad nacional. Sin embargo, las revisiones a que se ha sometido a la obra de Weber parecen insistir tanto en la cronología que el autor planteó y en las teorías de la modernización en que se basó como en la incapacidad de entender los procesos de negociación (así en los territorios de las regiones y provincias) de la identidad en juego.<sup>7</sup>

Ernest Gellner, en sus trabajos clásicos, insistió repetidamente en la importancia de la creación de una «cultura nacional» (idea que recogería Benedict Anderson) —como esfera de comunicación nacionalizada— entendida como correlato necesario del proceso de modernización y por tanto como elemento clave para la configuración de la identidad nacional.<sup>8</sup> Para Gellner la homogeneización cultural sería un resultado derivado del proceso de industrialización de las sociedades.<sup>9</sup> Daniele Conversi ha señalado la insuficiencia explicativa de este vínculo, ya que no debería perderse de vista que es sobre todo al Estado y algunos de sus instrumentos (como el ejército) a quien debe responsabilizarse de las tareas extremas que la homogeneización cultural puede conllevar.<sup>10</sup> Con todo, sigue

---

<sup>6</sup> Eugene Weber: *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford University Press, Stanford, 1976.

<sup>7</sup> Un excelente balance en Miguel Cabo y Fernando Molina: «The long and winding Road of Nationalization: Eugene Weber's *Peasants into Frenchmen* in modern European history (1976-2006)», *European History Quarterly*, 39-2, 2009, pp. 264-286.

<sup>8</sup> Esta concepción, basada rígidamente en las teorías de la modernización, ha sido con razón uno de los objetos de crítica más reiterados a Gellner. Véase, John A. Hall (ed.): *Estado y nación: Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*, Cambridge University Press, Cambridge-Madrid, 2000.

<sup>9</sup> Más escéptico respecto a la necesidad de homogeneización de todo estado es John A. Hall: *Ernest Gellner. An intellectual biography*, Verso, Londres, 2010, pp. 338-342.

<sup>10</sup> Daniele Conversi: «Homogenisation, nationalism and war: could we still read Ernest Gellner?», *Nations and Nationalism*, 13-3, 2007, pp. 371-394; Daniele Conversi: «“We are all equals!” Militarism, homogenization and “egalitarianism” in nationalist state-building (1789-1945)», *Ethnic and Racial Studies*, 31-7, 2008, pp. 1.286-1.314.

abierta la indefinición de la zona de sombra entre el Estado, las dinámicas de «modernización» y la construcción de la esfera pública. En Gellner, la concepción de la cultura subyacente parece remitir a un concepto bastante funcionalista e instrumental de la misma. Por supuesto, a partir de ahí la construcción de las identidades nacionales consiste, básicamente, en la difusión de estos planteamientos, mediante un esquema casi por completo exclusivo de difusión desde arriba hacia abajo, bastante rígido, similar al adoptado por Eugene Weber.<sup>11</sup>

Sin embargo, uno de los legados más interesantes de los debates producidos en los últimos años en la historia sociocultural, tiene que ver con una reconsideración de la cultura, así como de los lenguajes, en tanto que piezas centrales para la configuración de las identidades.<sup>12</sup> Se trata de los efectos del llamado «giro cultural»<sup>13</sup>, que ha posibilitado que la concepción ahora en juego de la «cultura» (tras la influencia intensa de los debates postestructuralistas) tienda a presentar a ésta menos como un ámbito prefijado y que se impone sobre el sujeto, que como un espacio en que tiene cabida la recuperación de la «agency», la acción (y construcción cultural autoconsciente) de los sujetos<sup>14</sup>.

¿Cuál puede ser, por lo tanto la relación de los sujetos respecto de la «cultura nacional» y la interiorización de las identidades nacionales? ¿Cómo pudo articularse la existencia de una cultura nacional a la vez promovida y facilitada por el Estado y producida «autónomamente» desde abajo?<sup>15</sup> Para intentar avanzar en estas propuestas, trataremos de abordar una perspectiva de la identidad nacional entendida en términos no sólo estrictamente políticos, sino prestando especial atención a la dimensión cul-

<sup>11</sup> Este mismo esquema es el que nutre a Eric J. Hobsbawm, Terence Ranger (eds.): *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2000.

<sup>12</sup> Véase un apasionante relato de la evolución de los debates en la historia social en Geoff Eley: *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2008.

<sup>13</sup> Victoria Bonnell and Lynn Hunt (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New directions in the Study of the Society and Cultura*, University of California Press, Berkeley, 1999.

<sup>14</sup> Véase la reflexión de Gabrielle M. Spiegel: *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Routledge, Nueva York-Londres, 2005.

<sup>15</sup> Sobre las dificultades y necesidad de teorizar este extremo, véase Alejandro Quiroga: «Les tres esferes. Cap a un model de la nacionalització a Espanya», *Segle XX. Revista catalana d'Història*, 4, 2011, pp. 143-160; Fernando Molina, Miguel Cabo: «An Inconvenient Nation: Nation-Building and National Identity in Modern Spain. The historiographical debate», en M. van Ginderachter, M. Beyen: *Nationhood from below, op. cit.*, pp. 47-72

tural como pieza clave a la hora de configurar la autocomprensión de los sujetos, su acción y, por tanto, su identidad. Según Umut Özkirimli, el nacionalismo debe entenderse como «a particular way of seeing and interpreting the world, a frame of reference that helps us make sense of and structure the reality that surround us». Por ello, esta dimensión cognitiva del discurso nacionalista implica que éste afecta a toda nuestra manera de entender y estar en el mundo<sup>16</sup>.

En este sentido, resulta de especial relevancia la fórmula que a mediados de los años noventa acuñó el psicólogo social Michael Billig y a la que denominó «Banal nationalism» en la medida que comporta una percepción «inconsciente». <sup>17</sup> Asimismo, esta idea conlleva implícito el carácter cotidiano, la reproducción en el «everyday life» de la identidad nacional, una dimensión que (por ejemplo en los trabajos de Tim Edensor) está resultando muy fructífera<sup>18</sup>. Desde esta perspectiva, ninguna dimensión por ínfima que pueda parecer resulta irrelevante (el marco local, la vivencia del espacio urbano, la interacción individual, las pautas de consumo, las formas de vestir o comer). Cabe no olvidar, sin embargo, que para Billig el nacionalismo banal no se puede separar de la acción primera y exitosa del Estado, preconditione necesaria de la «banalidad».

En el presente trabajo trataremos de explorar la España de la Restauración a través de ese espacio que se extiende en la sombra del Estado y que condujo al desarrollo de pautas de homogeneización cultural, producidas no sólo desde arriba hacia abajo, pero sin ignorar que estuvieron relacionadas con procesos de «ingeniería social» impulsadas por el Estado tendentes a la construcción de culturas de masas estandarizadas.<sup>19</sup> Quedan fuera de nuestro análisis, entre otras cosas porque se ha insistido ya repetidamente en ello, tanto los intelectuales como el conjunto de la producción de la «alta cultura» (de la literatura a la historiografía, pasando por las artes), cuya nacionalización y función nacionalizadora son hechos comprobados. Otra cosa es que, paradójicamente, puede presentarse ello

---

<sup>16</sup> Umut Ozkirimli: *Contemporary Debates on Nationalism. A Critical Engagement*, Palgrave, Basingstoke, 2005, p.30.

<sup>17</sup> Michael Billig: *Banal Nationalism*, Sage, Londres, 1995.

<sup>18</sup> Tim Edensor: *National identity, popular culture and everyday life*, Berg, Oxford-Nueva York, 2002.

<sup>19</sup> Aunque alejadas del desarrollo de políticas de «limpieza étnica» que suelen estar asociadas. Véase, Daniele Conversi: «Cultural Homogenization, Ethnic cleansing and Genocide», en Robert A. Denemark (ed.): *The International Studies Encyclopaedia*, Wiley-Blackwell/ISA, Oxford-Boston, 2010, vol. 2, pp. 719-742.

mismo como una anomalía en una nación no suficientemente nacionalizada.

### ¿Un nación fracasada? ¿Un Estado fallido?

Como es bien sabido, el estudio sobre la construcción de la identidad nacional española contemporánea alcanzó en la década de los noventa un punto de inflexión con la que se denominó tesis de la débil nacionalización.<sup>20</sup> El fundamento de la misma (en realidad construida sobre planteamientos que hunden sus raíces en la historiografía española de los años sesenta y setenta) consideraba la construcción de la identidad nacional española repleta de fracasos y limitaciones, especialmente en el siglo XIX, pero con consecuencias que alcanzaban el siglo XX.<sup>21</sup> El periodo de la Restauración, aunque visto en ocasiones con ambivalencia (especialmente por ser el marco de una innegable politización de las masas), no ha escapado de esta gran narrativa del pasado español. A nuestros efectos, tres son los aspectos más recurrentemente argumentados: la pluralidad de proyectos políticos en juego, vista como prueba inequívoca del fracaso de un proyecto estatal eficazmente unificador, la incapacidad de homogeneización lingüística y (en estrecha relación) el mantenimiento de identidades regionales y locales, concebidas como amenaza la identidad nacional. Además, una perspectiva comparada de alcance limitado, en concreto casi reducida a un supuesto ejemplo normativo como sería el caso francés, serviría para reforzar la constatación de las debilidades nacionalizadoras. El caso francés, sin embargo, no puede presentarse sin más como ejemplo problemático y exitoso de nacionalización, ignorando las poderosas fracturas políticas internas o el mantenimiento de identidades regionales que

---

<sup>20</sup> Los planteamientos más influyentes proceden de los trabajos de los años noventa recopilados en Borja de Riquer: *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Eumo, Vic, 1999; Borja de Riquer: *Escolta Espanya. La cuestión catalana en la España liberal*, Marcial Pons, Madrid, 2002. Aunque con matices, hay que situar en esta estela la muy influyente obra de José Álvarez Junco: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001.

<sup>21</sup> Ferran Archilés: «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en Ismael Saz, Ferran Archilés (eds.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Publicaciones Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2011, pp. 245-330.



la bibliografía más reciente ha señalado.<sup>22</sup> De hecho, el trabajo de Eugene Weber era ya un intento por argumentar el mantenimiento de una sociedad no suficientemente «modernizada» en la terminología del autor, de un mundo rural y periférico, al margen de las dinámicas nacionalizadoras del Estado hasta al menos 1914.

Para el caso español, resulta difícil mantener sin más una narrativa sobre el fracaso nacionalizador basada en el doble fracaso de la revolución liberal (o burguesa) y de la modernización económica del país, según desarrolló la historiografía española de posguerra. Las revisiones historiográficas han cuestionado seriamente estos planteamientos, aunque todavía la producción historiográfica que asume la necesaria revisión sea limitada.<sup>23</sup>

Recientemente Salvador Calatayud, Mari Cruz Romeo y Jesús Millán, han elaborado una síntesis sobre el papel del estado en la España del siglo XIX que (desde una perspectiva que desborda el problema de la nacionalización) ofrece las bases para un nuevo paradigma de interpretación.<sup>24</sup> Así, han planteado la imposibilidad de minimizar el impacto de las transformaciones políticas y sociales de la revolución liberal española como nuevo telón de fondo para el Estado y su acción. Sin negar sus debilidades estructurales, como las que atañen a su financiación, estos autores señalan que es imposible afirmar sin más que no cumplió tareas nacionalizadoras (en el sentido weberiano clásico).<sup>25</sup> Además, la diversidad territorial, la acción de las élites, etc., es integrada en un relato en el que la complejidad de la integración y la negociación de la acción estatal no se anulan mutuamente.

En definitiva, el Estado no fue el gran ausente en la nacionalización española del siglo XIX. Más allá de las limitaciones de su acción directa,

---

<sup>22</sup> Véase este relato mucho más complejo de la identidad francesa plenamente incorporado en dos síntesis recientes, Anne-Marie Thiesse: *Faire les français. Quelle identité nationale?*, Stock, Paris, 2010; Robert Gildea: *Children of the Revolution. The French, 1799-1914*, Penguin, Londres, 2009.

<sup>23</sup> Ferran Archilés, Manuel Martí: «Una nació fracassada? La construcció de la identitat nacional espanyola al llarg del segle XIX», *Recerques*, 51, 2005, pp. 141-163.

<sup>24</sup> Salvador Calatayud, Mari Cruz Romeo y Jesús Millán: «El Estado en la configuración de la España contemporánea. Una revisión de los problemas historiográficos», en Salvador Calatayud, Mari Cruz Romeo y Jesús Millán: *Estado y periferias en la España del siglo XIX. Nuevos enfoques*, Valencia, PUV; 2009, pp. 9-130.

<sup>25</sup> Véase también la aportación de Juan Pro sobre el nada desdeñable despliegue institucional del Estado español en Joaquín del Moral, Juan Pro, Fernando Suárez: *Estado y territorio, 1820-1939: la formación del paisaje nacional*, Ediciones de la Catarata, Madrid, 2007.

vale la pena explorar cómo reordenó todo el espacio de la política y de la esfera de comunicación social. Igualmente, en el marco de la Restauración hay que señalar la presencia de un poderoso (aunque concebido en versiones rivales) discurso nacionalista español, desplegado en los términos de un nacionalismo cultural excluyente de la diferencia cultural, muy similar al de sus contemporáneos europeos.<sup>26</sup> Desde el Estado o en su espacio de sombra.

### El papel de una esfera pública nacional

Un aspecto decisivo a la hora de abordar la construcción de una esfera pública nacional es el de la alfabetización de la población. Una alfabetización, por supuesto, que únicamente puede considerarse en la lengua *nacional*, esto es, en español. Como se ha insistido repetidamente las deficiencias del sistema educativo español a lo largo del siglo XIX y aun en buena parte del siglo XX fueron notables. Con todo, no puede dejarse de subrayarse el hecho de que entre 1860 y 1930, en lo que Clara Eugenia Núñez ha denominado «transición de la alfabetización», se produjo un incremento indudable de las tasas de alfabetización (más retrasado en el caso femenino), especialmente comparado con los países de su entorno. Conviene, sin embargo, tener presente la presencia de peculiaridades regionales e incluso provinciales en estas tasas que dibujan en general que la mitad sur del país mantuvo una incorporación a la alfabetización menor y más tardía. En este sentido, no parece que pueda atribuirse exclusivamente a la debilidad del estado en la oferta escolar, como ha sido reiteradamente señalado en los trabajos sobre la nacionalización española, sino que en las economías más rurales las dificultades en la articulación de la demanda pudieron ser factores tanto o más decisivos<sup>27</sup>. Las cifras globales nos muestran que en 1887 las tasas de analfabetismo eran de un 65%, para descender a un 59% en 1900, a un 52% en 1910, a un 44% en 1920 y a un 32% en 1930. En realidad, la diferencia entre las tasas de hombres y mujeres pasó de un 52% y un 77% respectivamente en 1887 a un 24 y un

---

<sup>26</sup> Una equilibrada perspectiva del periodo restauracionista en Ramon Villares, Javier Moreno: *Restauración y dictadura. Historia de España* vol. 7, Crítica/Marcial Pons, Barcelona, 2009, pp. 177-242.

<sup>27</sup> Clara Eugenia Núñez: *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1992.

40% en 1930. La disminución fue casi similar en las tasas decenales, excepto en los años veinte, lo que consolidó la diferencia de las cifras para las mujeres<sup>28</sup>.

Lo cierto es que a pesar de las debilidades del sistema educativo español, el impulso regeneracionista convirtió la nación y la educación patriótica en una auténtica obsesión para los educadores y para la acción pública a través de un impresionante repertorio de propuestas y materiales, con un lugar central dedicado a la enseñanza de la historia pero con otras muchas dimensiones dedicadas a formar el «espíritu nacional».<sup>29</sup> No estaríamos por tanto ante ninguna ausencia de un discurso netamente nacionalista (español) como fundamento de la acción pedagógica, antes al contrario. Ni tampoco, por cierto, ante un discurso nacionalista caracterizable como «cívico»; antes bien se trata de un discurso manifiestamente «cultural» y cuya voluntad (obsesión sería más adecuado) homogeneizadora de las diferencias lingüísticas fue clara. Lo cual era exactamente lo que sucedía en este momento en el entorno europeo.

Igualmente sucede con otro supuesto acriticamente asumido que señala al peso del catolicismo y de la Iglesia como una de las causas de la debilidad de la identidad nacional española<sup>30</sup>. El argumento desborda el ámbito de la educación y tiñe buena parte de las grandes narrativas sobre la construcción nacional española contemporánea. En nuestra opinión, esto es abiertamente matizable, ya que parte de un supuesto (a mayor peso del catolicismo mayor prueba del fracaso del liberalismo español y por tanto del Estado) muy discutible. En realidad, la religión estuvo presente en la definición del liberalismo español decimonónico. Por otra parte, las culturas políticas conservadoras o tradicionalistas incluyeron un discurso sobre la nación española que hacía del catolicismo el elemento fundamental de la definición de la idea de España, de Aparisi y Guijarro a Vázquez de Mella, pasando por Menéndez Pelayo o Canovas

---

<sup>28</sup> Mercedes Vilanova, Xavier Moreno: *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1992, pp. 167-168.

<sup>29</sup> María del Mar Pozo Andrés: *Currículum e identidad nacional: regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, pp. 181 y ss.

<sup>30</sup> Sobre la relación entre la construcción de la identidad nacional y la religión véase Rogers Brubaker: «Religion and nationalism: four approaches», *Nations and Nationalism*, 18-1, 2012, pp. 2-20; Heinz-Gerhard Haupt y Dieter Langewiesche (eds.): *Nación y religión en Europa. Sociedades multiconfesionales en los siglos XIX y XX*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010.

del Castillo<sup>31</sup>. Además, algunos trabajos recientes indican que la tarea nacionalizadora de ciertos símbolos religiosos pudo ser extremadamente eficaz.<sup>32</sup>

En el ámbito escolar, como ha mostrado María del Mar Pozo Andrés, los discursos y versiones impulsadas por los gobiernos conservadores y con fuerte impronta católica de la escuela pública partían de un repertorio nacionalista bien sólido. Por lo demás, no es cierto que las escuelas religiosas «fabricaran» católicos, sin más, y por tanto no nacionalizaran. Sin duda, es necesario reinterpretar la función de las escuelas dirigidas por religiosos, que no fueron incompatibles con la enseñanza dirigida a una sociedad moderna.<sup>33</sup> Estudios de caso específicos, como el del País Vasco en la Restauración y hasta los años treinta, apuntan inequívocamente a que las escuelas regidas directamente por la Iglesia ejercieron una clara función nacionalizadora.<sup>34</sup> Por supuesto que todo ello se insertaba en el modelo ideológico que se ha dado en llamar «nacionalcatolicismo» (remarcable en su muy característica concepción de la historia de España) pero ello no supone en absoluto que su contenido fuera otra cosa que nacionalista, ni menor en importancia que en otras escuelas públicas.<sup>35</sup> En otro sentido, tampoco tenemos prueba alguna de que la movilización femenina impulsada tan eficazmente en el primer tercio del siglo XX por la Iglesia no reforzara, igualmente, la dimensión nacional española.

---

<sup>31</sup> M.<sup>a</sup> Cruz Romeo: «“¿Qué es ser neocatólico?” La crítica antiliberal de Aparisi y Guijarro», en *IV Jornadas de estudio del carlismo*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2011, pp. 129-163.

<sup>32</sup> Joseba Louzao: «El Sagrado corazón de Jesús como instrumento de nacionalización (c.1898-1939). Breves notas para un estudio pendiente», en Mariano Esteban de Vega y María Dolores de la Calle (eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, pp. 173-188.

<sup>33</sup> Pere Fullana, Maitane Ostolaza: «Escuela católica y modernización. Las nuevas congregaciones religiosas en España (1900-1930)», en Julio de la Cueva, Feliciano Montero (eds.): *La secularización conflictiva. España (1898-1931)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 187-213.

<sup>34</sup> Véase Maitane Ostolaza: «La nación española en el País Vasco, 1875-1931: el papel de la escuela», en Luis Castells, Arturo Cajal, Fernando Molina (eds.): *El País Vasco y España: Identidades, nacionalismos y estado (siglos XIX y XX)*, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 2007, pp. 179 y ss.

<sup>35</sup> Un ejemplo son los diversos datos sobre las Escuelas Pías de Barcelona en 1900, en Ana Yetano: *La enseñanza religiosa en la España de la (1900-1920)*, Anthropos, Barcelona, 1988, pp. 333-338.

En todo caso, de manera inseparable con la enseñanza de la lengua nacional, se desplegó la enseñanza de la literatura en lengua española. La configuración del canon en los currículos seguramente resultaría muy reveladora de las evoluciones del modelo nacionalista en juego. En ocasiones, algún caso concreto acabó por convertirse en especialmente relevante. Puede servir como ejemplo destacado la presencia del Quijote en el marco de las conmemoraciones del tercer centenario de su publicación.<sup>36</sup> La voluntad de convertir la obra en emblema de un «ideal común» fue uno de los motivos clave en su introducción en la escuela primaria.<sup>37</sup> Según Jean-Louis Guereña, todas las culturas políticas españolas usaron el Quijote para nacionalizar a la población infantil.<sup>38</sup> Sin duda, una obra tan compleja, plantea muchas dudas respecto a la recepción efectiva que los alumnos pudieran hacer de ella.<sup>39</sup> Pero ello no debe alejarnos del hecho de que, fuera cual fuera el grado de entendimiento concreto de lo narrado, la novela pasó a convertirse en una pieza singular en el panorama de la literatura enseñada. Quedó así convertida en icono indiscutible de la identidad nacional. Leída o no, desde la escuela (así como otros ámbitos conmemorativos) para amplios sectores sociales pasó a ser el símbolo de la cultura nacional española, como sucedió en la cultura republicana. Esto es, de la «Cultura» en mayúsculas.<sup>40</sup>

En todo caso, además de la consideración de las cifras respecto de la difusión de la enseñanza de la lengua española, cabría problematizar el hecho mismo de cómo y en qué términos la lengua castellana alcanzó la consideración de lengua nacional. Inevitablemente, ello incluye todo el juego de ideologías lingüísticas asociadas a un discurso explícitamente nacionalista que implica distinciones entre lenguas y dialectos, la supe-

---

<sup>36</sup> Eric Storm: «El tercer centenario del *don Quijote* en 1905 y el nacionalismo español», *Hispania*, LVII/3-199, 1998, pp. 625-654.

<sup>37</sup> Véase M. del Pozo Andrés: *Currículum*, *op. cit.*, pp. 192-196.

<sup>38</sup> Jean Louis Guereña: «¿Un icono nacional? La instrumentalización del *Quijote* en el espacio escolar en el primer tercio del siglo XX», *Bulletin Hispanique*, 110-1, 2008, pp. 145-190. También Julio Ruiz Berro: «Las lecturas del Quijote en la escuela», en Demetrio Castro Alfn (coord.): *Las lecturas de El Quijote. Sentidos e interpretaciones*, Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 2007, pp. 103-152.

<sup>39</sup> Según una encuesta del año 1920, 398 alumnos de 924 escogieron el Quijote frente a otras obras. Tal vez no era la mayoría, pero era el libro más citado. Cfr. M. del Pozo: *Currículum*, *op. cit.*, p. 195.

<sup>40</sup> A finales de la segunda década del siglo XX el equipo de fútbol del centro republicano de Castellón había sido denominado «Cervantes C.F», en lo que era un intento de dignificación de las actividades de ocio promovidas.

rioridad «intrínseca» de la lengua nacional, y la confusión explícita de la dimensión política con la esfera comunicativa.<sup>41</sup> Nos encontramos con un discurso nacionalista ampliamente desarrollado en el pensamiento filológico español en el periodo de la Restauración.<sup>42</sup> Pero, sobre todo, sería muy interesante indagar cuál fue el impacto de la enseñanza de la lengua española en aquellas áreas donde la lengua materna era otra entre los jóvenes (o adultos, en ámbitos distintos a la escuela primaria reglada) y su actitud, ya fuera una voluntad abierta de aprendizaje o de rechazo ante la imposición. Como apuntó para el caso italiano Adolfo Scotto: «E difficile immaginare oggi cosa fosse nella sua dimensione concreta, corporea, la scuola ottocentesca. È in relazione alla fatica di imparare a esprimersi in una lingua diversa da quella materna che va posto il problema dello Stato nazionale. Non astrattamente. Suoni, parole, strutture sintattiche, la grammatica. Un mondo tutt'altro che familiare».<sup>43</sup>

En realidad, y a pesar de la enorme trascendencia de la homogeneización lingüística promovida incansablemente por el Estado español (no por casualidad nunca hubo mención ni explícita ni implícita alguna a otras lenguas que el español en las constituciones del siglo XIX), es todavía poco lo que sabemos al respecto.<sup>44</sup> En este sentido, la comparación con Francia es perfectamente pertinente (aunque existan importantes diferencias de grado y capacidad) también en lo que respecta al mantenimiento

---

<sup>41</sup> En el fondo, todo ello conllevó la invención de una lengua «española» históricamente definible en sus rasgos esenciales, y más allá de dialectos propios, jergas, etc. Abundante información en Francisco Abad: «*Lengua española*», para la historia de un concepto y un objeto, Universidad de Murcia, Murcia, 2003.

<sup>42</sup> Todo este pensamiento filológico vendría a culminar en la obra filológica (e histórica) de Ramón Menéndez Pidal. Véase, José Portolés: *Medio siglo de filología española (1896-1952)*, Cátedra, Madrid, 1986. Específicamente sobre la naturaleza de su discurso nacionalista, Prudencio García Insasti: *La España metafísica. Lectura crítica del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal (1891-1936)*, Euskaltzaindia, Bilbao, 2004, pp. 313 y ss. Un contexto de más amplio alcance en José del Valle, Luis Gabriel-Stheeman (eds.): *The Battle over Spanish between 1800 and 2000. Language Ideologies and Hispanic Intellectuals*, Routledge, Londres-Nueva York, 2002.

<sup>43</sup> Adolfo Scotto di Luzio: *La scuola degli italiani*, Il Mulino, Bolonia, 2007, p. 85.

<sup>44</sup> Sobre ello son muy escasas (y vinculadas específicamente al fracaso de la voluntad y eficacia educativa) las referencias que ofrece en su monumental trabajo J. Álvarez Junco: *Mater dolorosa, op. cit.*, pp. 549-550. A pesar de sus insuficiencias, como fuente documental véase Francesc Ferrer: *La persecució política de la llengua catalana: història de les mesures preses contra el seu ús des de la Nova Planta fins avui*, Edicions 62, Barcelona, 1985.

de otras lenguas que el francés, cuyo avance fue más tardío de lo que el tópico proclama, como ya hiciera notar Eugene Weber.

Ciertamente, la pura y simple imposición en la escuela (con todo el repertorio asociado de estigmatización y prácticas punitivas del dialecto) no fue el único elemento clave, por decisivo que llegara a ser. Como señaló Joan Lluís Marfany para el caso de la lengua catalana, ya en el primer tercio del siglo XIX, liberales catalanoparlantes cambiaron su lengua incluso en el correo escrito privado.<sup>45</sup> La difusión del español como lengua de prestigio social (connotada como lengua urbana frente al dialecto del espacio rural), y en tanto que lengua exclusiva del Estado, jugó un papel decisivo en la voluntad de difusión en época contemporánea, siguiendo cronológicamente y de manera descendiente, la jerarquía social.

Sin duda, las importantes tasas de analfabetismo en la España contemporánea son un dato de enorme importancia, pero conviene insistir en la decidida regresión de las mismas en el primer tercio del siglo XX. En todo caso, estas cifras (que reflejan un conocimiento extraído de las cifras de escolarización) no lo explican todo, pues la difusión social del español se pudo hacer en paralelo a la función escolarizadora. Por apuntar un par de ejemplos, la lectura en voz alta (por ejemplo de la prensa) en ámbitos de sociabilidad diversos (casinos o ateneos, Casas del Pueblo, etc.) o la predicación en las iglesias, pudieron resultar decisivos en este sentido. De no ser así, y como después veremos, ¿cómo pudo llegar a difundirse tan exitosamente una cultura popular en lengua española (en la zarzuela, el teatro o el music hall y el cine) en los territorios que contaban con otra lengua?

Con todo, es muy poco lo que se ha investigado en este sentido. Tal vez pueda servir de ejemplo para alguno de estos aspectos el caso valenciano. Hasta el último tercio del siglo XX (con el efecto combinado de la presión lingüística ejercida por la dictadura franquista y unas elevadas tasas de inmigración intrapeninsular) la lengua catalana ha sido la lengua materna de la mayoría de la población. Pero ello no significa (y a pesar de los valores medios de escolarización y alfabetización, propios de una sociedad en gran medida basada en una economía agraria) que el conocimiento socialmente difundido del castellano fuera inexistente. Ni muchísimo menos que ello implique *per se* merma alguna de la identificación con la identidad nacional española. El caso valenciano es, en este sentido,

---

<sup>45</sup> Joan Lluís Marfany: *La llengua maltractada*, Empúries, Barcelona, 2001.

un ejemplo del mantenimiento de pautas lingüísticas autóctonas, construcción de una fuerte identidad regional e intensa nacionalización española.<sup>46</sup>

Ciertamente, la castellanización de determinados sectores sociales (aristocracia y sectores burgueses, vinculados a las esferas de poder estatal) de la sociedad valenciana es un fenómeno que hunde sus raíces al menos en el siglo XVI. Por otra parte, el papel de la Iglesia en la castellanización cultural del país es un dato de enorme importancia<sup>47</sup>. Pero hay que esperar precisamente al periodo de la Restauración para que se inicie de manera clara un proceso irreversible de sustitución lingüística en contextos urbanos y en las clases medias (en el caso de la ciudad de Alicante en primer lugar<sup>48</sup>). A partir de ahí, el resto de las grandes ciudades valencianas (con Castellón como ejemplo más tardío) han seguido la misma pauta<sup>49</sup>. Se consolidó de esta forma una duradera distinción entre el espacio rural y el urbano y entre las clases medias y populares en este último. Pero ni siquiera en estos casos se trata de situaciones antitéticas, pues la difusión social del español se produjo incluso cuando se mantuvo la lengua materna como lengua de uso vehicular. En este sentido, las capitales de provincia valencianas son buenos ejemplos de la difusión de una esfera pública nacional: desde una esfera política intensamente nacionalizada (el blasquismo valenciano es el ejemplo señero, pero no el único) hasta la recepción de prensa o espectáculos. Asimismo, buena parte del mundo rural valenciano (o de las «agrocidades») estuvo lejos de ser un espacio atrasado y estanco, ajeno a las dinámicas políticas y sociales del mundo urbano.

Cabe plantearse, en definitiva, si las cifras de actuación estatal son las únicas válidas para entender la expansión real de la esfera pública nacional. Resulta significativo que frente a la ausencia de escuelas y bibliotecas de inspiración pública proliferaran durante la Restauración los casinos y asociaciones para la lectura, así como las bibliotecas populares. Un aspecto especialmente relevante es el relativo a la prensa periódica.

---

<sup>46</sup> Ferran Archilés, Manuel Martí: «La construcción de la Nación española durante el siglo XIX: logros y límites de la asimilación en el caso valenciano», *Ayer*, 35, 1999, pp. 171-190.

<sup>47</sup> Vicent Pitarch: *Llengua i esglèsia durant el barroc valencià*, IIFV, Valencia-Barcelona, 2001.

<sup>48</sup> Brauli Montoya: *Alacant, la llengua interrompuda*, Denes, Valencia, 1996.

<sup>49</sup> Brauli Montoya, Antoni Mas: *La Transmissió familiar del valencià*, Acadèmia Valenciana de la Llengua, Valencia, 2011.



dica<sup>50</sup>, cuya actividad es independiente de las instituciones estatales. En este sentido, sería interesante saber cuál pudo ser el acceso real de la población a la prensa. Evidentemente, su desarrollo estaba vinculado a la difusión de la alfabetización, pero como es bien conocido la práctica de la lectura en voz alta estaba muy extendida, en ámbitos de sociabilidad como los antes apuntados, por lo que se pudo soslayar en parte las carencias en el acceso a la letra impresa<sup>51</sup>.

Aunque no disponemos de investigaciones concluyentes, todos los indicios apuntan a que entre 1879 y 1913 el incremento de la prensa en España fue notable, también entre la prensa política. David Ortiz ha mostrado cómo en la España de la Restauración borbónica, a partir de 1875, se creó una verdadera esfera pública extrainstitucional que habría permitido la consolidación de una cultura política nacional<sup>52</sup>. También parece claro que a partir de la ley de imprenta de 1883 se produce un incremento extraordinario en la aparición de la prensa periódica. Un rasgo característico de la estructura de la prensa española es la proliferación de prensas locales y regionales pero también el incremento progresivo de la difusión de prensa de alcance nacional. El periódico de mayor difusión en estos años, *El imparcial*, afirmaba en el fin de siglo superar los 100.000 ejemplares (con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América publicó un número extraordinario y gratuito que alcanzó 200.000 ejemplares). Cabe destacar que la prensa política de todas las tendencias tenía vocación de difusión nacional, independientemente de cuál fuera la ciudad en la que se editaba su cabecera. A todo ello habría que añadir la transformación y crecimiento de la prensa ilustrada, con publicaciones como *La Ilustración Española Americana* o *Blanco y Negro*, que inició su andadura en 1891 (en 1898 alcanzaba una tirada

---

<sup>50</sup> Otro aspecto igualmente relevante podría ser el de la publicación de libros y el conjunto de la industria editorial, cuyo incremento es igualmente cierto para estas fechas. Jean François Botrel: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1993.

<sup>51</sup> Antonio Viñao: «Los discursos sobre la lectura en la España del siglo XIX y primeros años del XX», en Jesús Martínez (ed.): *Orígenes culturales de la sociedad liberal (España siglo XIX)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, pp. 85-147; Jean François Botrel: «Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer», *Bulletin Hispanique*, 100-2, 1998, 577-90.

<sup>52</sup> David Ortiz: *Paper Liberals. Press and Politics in Restoration Spain*, Praeger, Westport, 2000, que, sin embargo, excluye el análisis explícito de la identidad nacional.

de 70.000 ejemplares).<sup>53</sup> Ciertamente, la fiabilidad de las estadísticas de prensa es dudosa en todo el periodo que nos ocupa. Probablemente, hasta el fin de la I Guerra Mundial los diarios y las revistas más importantes difícilmente alcanzaron los 100.000 ejemplares. Los cálculos de M.<sup>a</sup> Cruz Seoane y M.<sup>a</sup> Dolores Saiz, a partir de datos del empresario Nicolás Urgoiti, señalan una tirada de 120.000 ejemplares diarios para la prensa periódica, que se elevaría hasta 160.000 tres años más tarde y que en 1920 habría superado los 200.000 ejemplares (así, los dos principales diarios eran el *ABC*, que se situaba en torno a 150.000 ejemplares hacia 1920, y *La Vanguardia*, en torno a 100.000 en 1918). Ello arrojaría un índice de 60 a 94 ejemplares por cada 1.000 habitantes. Independientemente de la veracidad última de los datos, lo que cabe destacar es la magnitud de las tiradas así como la tendencia clara al crecimiento.

En 1918 los diarios editados en Madrid sumaban un total de 656.000 ejemplares, de los cuales unos dos tercios se distribuían fuera de la capital. Barcelona, el segundo centro difusor de prensa, sumaba 311.000 ejemplares. Por tanto, ambas ciudades representaban cerca de un 60% del total de la prensa nacional.<sup>54</sup> Frecuentemente se ha señalado que la preponderancia de prensa local en España sería un rasgo de la debilidad de una esfera pública nacional, pero estas cifras de producción y sus esferas de distribución obligan a una lectura más cauta. En todo caso, tal vez sea mejor plantear que prensa nacional y prensa local coexistieron sin problemas, al menos en los ámbitos urbanos. Tal vez resulte clarificador un ejemplo como el de la provincia de Castellón (una provincia y capital de tamaño medio) que en el año 1900 contaba con 9 publicaciones periódicas locales pero que recibía hasta 146 cabeceras procedentes del resto de España, que sumaban cerca de 1.895 ejemplares, mientras que la tirada de la prensa local no superaba los 5.000 ejemplares.<sup>55</sup> La conexión, por tanto, en la esfera comunicativa entre lo local y lo nacional debió de ser mucho

---

<sup>53</sup> M.<sup>a</sup> Cruz Seoane: *Historia del periodismo en España. 2. El siglo XIX*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pp. 254, 269-271.

<sup>54</sup> M.<sup>a</sup> Cruz Seoane, M.<sup>a</sup> Dolores Saiz: *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pp. 30-32. Véase también, aunque con algunas diferencias, Jean François Botrel, Jean Michel Desvois: «Las condiciones de la producción cultural» en Serge Salaün, Carlos Serrano (eds.): *1900 en España*, Espasa Calpe, Madrid, 1991, pp. 43-48.

<sup>55</sup> José Ribelles Comín: *Intereses económicos, agrícolas, industriales y mercantiles de Castellón, con la Historia del puerto del Grao y del periodismo provincial*, Imprenta de Francisco J. Altés y Alabart, Barcelona, 1905, pp. 601-608.

menos problemática de cuanto se ha supuesto. De igual modo, el notable desarrollo de infraestructuras como el telégrafo y el correo durante la Restauración y el primer tercio del siglo XX reforzarían esta impresión (además de una mayor eficacia de la acción estatal).<sup>56</sup>

Especialmente importante resulta el hecho de que en los contenidos de esta prensa está fuera de toda duda que «la política nacional sigue ocupando, naturalmente, un lugar privilegiado frente a la política internacional». <sup>57</sup> Y en realidad esto era cierto no sólo para la política, sino para cualquier noticia de ámbito nacional. La prensa española de la Restauración establecía una jerarquía *natural* que separaba los asuntos españoles como los más destacados de los demás. Por su parte, la prensa local y regional situaba en primer lugar el ámbito más cercano, pero ello no significa que las noticias de ámbito español estuviesen excluidas ni que las noticias de alcance local no quedaran vinculadas a dinámicas de alcance nacional.

En última instancia, el desarrollo de la prensa nos indica la construcción de una esfera pública compartida, *nacional*, que cumplía plenamente las condiciones de construcción de una comunidad imaginada señaladas por Benedict Anderson. Una cultura nacional expresada exclusivamente en español. Por supuesto, también existió prensa en otras lenguas, pero la magnitud de las cifras de publicaciones y sus tiradas resulta incomparablemente mayor en el caso de la prensa en castellano. Alfabetizados o no en lengua española, los públicos de los territorios que tenían otra lengua materna que el español quedaron incorporados a esta esfera comunicativa que cumplió, por tanto, una decisiva tarea homogeneizadora.

### **Culturas políticas y nación: una para todas y todas para una**

¿Existió una esfera política nacional integrada durante la Restauración? Como es sabido, la larga sombra de Ortega y Gasset ha influido repetidamente en la visión de la desvertebración de la vida nacional española. Hace algunos años, Juan Pablo Fusi sintetizó brillantemente esta interpretación con la imagen de un país de centralismo aparente pero pre-

---

<sup>56</sup> Ángel Bahamonde (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993.

<sup>57</sup> M. C. Seoane, M D. Saiz: *Historia del periodismo en España*. 3, *op. cit.*, p. 53.

dominio de lo local en la vida política y social española. ¿Cuestiona ello necesariamente la aceptación de un (único) marco nacional? En nuestra opinión, resulta especialmente reveladora la actuación de los excluidos del sistema restauracionista, como lo fueron los republicanos y socialistas. Porque también en ellos encontramos la paradoja de que su actuación era local, pues nunca fueron partidos de gobierno, pero en cambio siempre aceptaron el marco del Estado y de la nación como el fundamento de sus reivindicaciones y de su identidad.

En la España de la Restauración, si se pretende analizar a las clases trabajadoras en este sentido, resulta obligado referirse a las culturas políticas del republicanismo, incluso más que a las de las culturas obreristas (anarquistas y socialistas). En muchos de los más importantes núcleos urbanos españoles (Madrid, Barcelona o Valencia, pero también en ciudades medianas como Málaga o Castellón) la presencia política del republicanismo era muy destacada y en ocasiones mayoritaria. Esos partidos encuadraban a buena parte de las clases populares, así como a importantes sectores de las clases medias.

Aunque los republicanos actuaban en esferas locales de influencia (excluidos como estaban del acceso al poder del Estado), es inexplicable su cultura política sin la centralidad de la referencia «nacional».<sup>58</sup> Asimismo, a pesar de su «localismo», se convirtieron en eficaces instrumentos nacionalizadores<sup>59</sup>. En este sentido cabe destacar la importancia de los espacios de sociabilidad republicana, los casinos y ateneos, que desplegaron programas culturales (conferencias, teatro, música o clases) que no era solo local/ista. de hecho se hallaba plenamente inmersa en la cultura nacional española. Por ejemplo el caso de los casinos republicanos bilbaínos estudiados recientemente por Jon Penche, prueba que sus actividades culturales eran similares a las de cualquier otro casino espa-

---

<sup>58</sup> Pilar Salomón: «Republicanism e identidad nacional española: la República como ideal integrador y salvífico de la nación española», en Carlos Forcadell, Ismael Saz, Pilar Salomón (eds.): *Discursos de España en el siglo XX*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2009, pp. 35-64.

<sup>59</sup> Ferran Archilés: «Una nacionalización no tan débil: patriotismo local y republicanismo en Castellón (1891-1910)», *Ayer*, 48 (2002), 283-312. Incluso entre los republicanos emigrados, el estallido que siguió al 98 mostró la fuerte interiorización del discurso nacionalista que se había ido construyendo ya desde años antes. Véase Ángel Duarte: «Republicanos, emigrados y patriotas. Exilio y patriotismo español en la Argentina en el tránsito del siglo XIX al XX», *Ayer*, 47, 2002, pp. 57-79.

ñol (sin un despliegue específico de fomento de aspectos de la cultura vasca).<sup>60</sup>

Junto con el republicanismo, un ámbito de estudio especialmente interesante es el del movimiento obrero organizado, que en el caso español sólo muy recientemente se ha abordado desde la perspectiva de su función en la interiorización y reproducción social de la identidad nacional. Como demuestran otros ejemplos europeos, sin embargo, la importancia de esta dimensión concreta fue decisiva en la construcción de identidad y en la acción colectiva de tales movimientos sociales.<sup>61</sup> Al menos a partir de los años noventa convendría no pasar de puntillas por el grado de aceptación del marco territorial de la nación, y ello en diferentes culturas políticas del movimiento obrero en España: no por casualidad se llama el principal partido Partido Socialista Obrero *Español* o el sindicato anarquista Confederación *Nacional* de Trabajadores. Es cierto que existían notables diferencias entre socialistas y anarquistas en el grado de voluntad de participación y por lo tanto de «integración» en el marco de la política nacional. Pero no lo es menos que la intensa politización obrerista (en la que los sectores de las clases trabajadoras son herederos en muchos casos de prácticas políticas previas muy nacionalistas, como las de las culturas políticas del republicanismo) tomaba el ámbito nacional/estatal como marco básico de referencia y acción<sup>62</sup>. Al imponer en el debate público la cuestión social, se reclamaba el marco del Estado-nación como espacio para la obtención de derechos, movilizándolo en consecuencia a los trabajadores en esta dirección.<sup>63</sup>

Por otra parte, conviene destacar en el ámbito de la movilización social y el marco crecientemente nacionalizado del ámbito político, el peso

---

<sup>60</sup> Jon Penche: *Republicanos en Bilbao (1868-1937)*, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 2010.

<sup>61</sup> Ya señalado por G.L. Mosse: *La nacionalización*, *op. cit.* También Eric J. Hobsbawm: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1991, pp. 97-98 y 132-133. Un muy interesante estudio de caso es el de Paul Ward: *Red Flag and Union Jack: Englishness, Patriotism and the British Left, 1881-1924*, Boydell Press, Rochester, 1998.

<sup>62</sup> Eric Hobsbawm llega a calificar de «natural» que las clases trabajadoras se identificaran con el ámbito nacional. Cfr. Eric Hobsbawm: «Tradiciones masificadoras: Europa 1870-1914», en E.J. Hobsbawm, T. Ranger: *La invención*, *op. cit.*

<sup>63</sup> Una prueba del enorme potencial de este tema de estudio en Pedro Ruiz Torres: «Política social y nacionalización a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX», en Ismael Saz, Ferran Archilés (eds.): *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2012, pp. 15-38.

que tuvo el anticlericalismo entre las diversas culturas políticas republicanas y obreristas. Este formaba parte de un tipo nuevo de nacionalismo que hacía de la crítica al caciquismo y la España de la Restauración (con la consiguiente propuesta «regeneracionista») el eje de su propuesta<sup>64</sup>.

El conflicto anticlerical se convirtió en uno de los fundamentos centrales de la política. Éste permitía, de manera muy fluida, combinar conflictos locales (sobre conventos, entierros...) con grandes principios «filosóficos». Pero el eje que permitía combinarlos no era otro que el de la política nacional. Porque de lo que se trataba era de la secularización del Estado y, por lo tanto, de aprobar medidas políticas desde el Estado. Lo cual es igualmente cierto, como es lógico para el lado de los «clericales», que reproducían la misma lógica especular. Además, como es evidente, en el trasfondo de todo ello latía una idea de España frente a otra, un proyecto de nación frente a otro: el progreso del país frente al atraso.<sup>65</sup> Las posiciones anticlericales aspiraban a una «regeneración» nacional.

En definitiva, no parece demasiado arriesgado suponer que el grado de participación y aceptación de la esfera política nacional implicaba algo más que la participación en un espacio «neutro», una pura arena vacía de significados nacionales. En caso contrario no tendría sentido el crescendo que culmina con los valores patrióticos y nacionalistas defendidos por la izquierda española durante la República y la Guerra Civil<sup>66</sup>. Igualmente, en este sentido resulta imposible soslayar el hecho de que con la aparición de los movimientos regionalistas y nacionalistas finiseculares, la respuesta mayoritaria del movimiento obrero organizado en Cataluña y Euskadi fue la de oponerse a sus planteamientos políticos y culturales, mostrando unas posiciones abiertamente españolistas, nacionalistas.<sup>67</sup> Por todo ello, cabe

---

<sup>64</sup> Esto lo hizo notar ya José Álvarez Junco: «Redes locales lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX», en A. Robles Egea (comp.): *Política en penumbra*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 72-94, especialmente pp. 89 y ss. Pilar Salomón: «El discurso anticlerical en la construcción de una identidad nacional española republicana (1898-1936)», *Hispania Sacra*, 110, 2002, pp. 485-498.

<sup>65</sup> Enrique A. Sanabria: *Republicanism and Anticlerical Nationalism in Spain*, Palgrave, Basingstoke, 2009, pp. 15-38.

<sup>66</sup> Xosé Manoel Núñez Seixas: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Marcial Pons, Madrid, 2006.

<sup>67</sup> Antonio Rivera: *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003. También ocurrió lo mismo con muchos partidos republicanos, por ejemplo en Cataluña, que contaban con amplias bases sociales

afirmar que, en el caso español, el distanciamiento, señalado reiteradamente, del discurso patriótico o nacionalista oficial (por ejemplo durante la guerra de Cuba, o en Marruecos) no significaba la inexistencia de elementos procedentes del discurso identitario del nacionalismo español, frecuentemente de raíz liberal.

En el caso del anarquismo español no cabe duda que se desarrolló (y especialmente con motivo de las guerras y frente a la institución del ejército) una fuerte crítica del «patriotismo» frente a las posiciones internacionistas. Pero al mismo tiempo, como ya hizo notar José Álvarez Junco, ello tuvo que convivir con «frecuentes infidelidades “nacionalistas” en el sentido de plantear el “problema de España” en términos de singularidad psicológica o destino providencial»<sup>68</sup>.

Por lo que respecta al caso del socialismo español, todo parece indicar que su grado de aceptación del marco nacional era todavía más claro y que, de hecho, el PSOE no evitó un discurso más abiertamente nacionalista en las primeras décadas del siglo xx, especialmente tras la guerra de Cuba de 1895.<sup>69</sup> Las propuestas de modernización y «regeneración», como ya hemos indicado, implicaban en definitiva asumir un programa nacionalista. Se requería una implicación del movimiento obrero, en palabras de Pablo Iglesias en pro del «interés nacional»<sup>70</sup>.

---

procedentes de los sectores de las clases trabajadoras Àngel Duarte: «Republicanos y nacionalistas. El impacto del catalanismo en la cultura política republicana», *Historia Contemporánea*, 10, 1993, pp. 157-177.

<sup>68</sup> José Álvarez Junco: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1991 (2.<sup>a</sup> ed.), p. 254; Pilar Salomón: «Internacionalismo y nación en el anarquismo español anterior a 1914», en I. Saz, F. Archilés (eds.): *Estudios sobre nacionalismo*, op. cit., pp. 137-168.

<sup>69</sup> Carlos Forcadell: «Los socialistas y la nación», en C. Forcadell, I. Saz, P. Salomon (eds.): *Discursos de España*, op. cit., pp. 15-35. Véase asimismo, Michel Ralle: «Une fausse découverte de l'Espagne. Le mouvement ouvrier espagnol et la crise de 98», en Paul Aubert (dir.): *Crise espagnole et renouveau idéologique et culturel en Méditerranée fin xixe-debut xxe siècle*, Publications de l'Université de Provence, Aix-en Provence, 2006, pp. 137-146.

<sup>70</sup> A. Smith: «Spaniards, Catalans and basques: labour and the Challenge of nationalism in Spain», en Stefan Berger, Anthony Smith (eds.): *Nationalism, labour and ethnicity, 1870-1939*, Manchester University Press, Manchester, 1999, pp. 71 y ss. Por cierto que la aceptación de la identidad nacional a partir de la primera década se detecta también en el ámbito de las representaciones. Véase, María Antonia Fernández: «La imagen de España en la prensa obrera durante el primer tercio del siglo xx», *Cercles, revista d'Història cultural*, 8, 2005, pp. 196-213.

Un ejemplo interesante a considerar sería hasta qué punto el énfasis en la educación por parte del movimiento obrero no implicó una aceptación plena de la única alta cultura disponible: aquella filtrada por el tamiz de la cultura «nacional», del canon cultural español. Vale la pena recordar la importancia que la literatura, y especialmente la novela, tuvieron en la configuración de las identidades nacionales. En palabras de Franco Moretti, la novela moderna se convierte en la forma simbólica de la nación-estado<sup>71</sup>. En el caso español, a partir de los años ochenta, con la novela realista y naturalista, asistimos al nacimiento de un modelo de literatura nacional, que harán del tiempo presente, de los años de la Restauración el eje de su novelística, y (re)crearán una representación de la sociedad española, concebida en términos nacionales.<sup>72</sup>

Parece claro que los autores más difundidos y leídos no eran los procedentes de una literatura estrictamente «obrerista», según se desprende de los estudios realizados sobre las lecturas de los trabajadores españoles. Reiteradamente en las bibliotecas de las asociaciones obreras la literatura ocupa un lugar muy destacado, cuando no prioritario. Ese es el caso de la casa del Pueblo de Madrid, donde tanto en número de volúmenes como en cifras de préstamo, la literatura es absolutamente mayoritaria.<sup>73</sup> Además, corresponde a la literatura contemporánea española un predominio incontestable, muy por encima de obras de otras literaturas. Asimismo es significativo que la historia de España fuera uno de los cuatro temas más representados entre los volúmenes de ciencias sociales y humanidades (junto a la gran guerra, la revolución bolchevique y las historias nacionales).

---

<sup>71</sup> Franco Moretti: *Atlas of European Novel, 1800-1900*, Trama, Londres-Nueva York, 1998.

<sup>72</sup> Ferran Archilés: «La novela y la nación en la literatura española de la Restauración (1877-c.1898): espacios e imaginarios narrados», en Mónica Burguera, Christopher Schmidt-Novara (eds.): *Historias de España contemporánea. Cambio social y giro cultural*. PUV, Valencia, 2008, pp. 115-148. Lo cierto es que ello sucedió no sólo en la literatura de calidad, pues también el marco estrictamente nacional (frecuentemente de base en Madrid) era omnipresente en la novela corta. Véase, Christine Rivalan: *Fruición-Ficción. Novelas y novelas cortas en España (1894-1936)*, Ediciones Trea, Gijón, 2008.

<sup>73</sup> Véanse los datos en el estudio de Francisco de Luis Martín y Luis Arias que encabeza el trabajo de Nuria Franco, *Catálogo de la biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939)*, Comunidad de Madrid, Madrid, 1998, pp. 21-68. También en el Ateneo Obrero de Gijón hacia 1917 la literatura española contemporánea era la mejor representada, según la información que ofrece José Carlos Mainer en «Notas sobre la lectura obrera en España», en *La doma de la quimera*, Bellaterra, Barcelona, 1988, pp. 19-86.



¿Puede ser casualidad que los *Episodios Nacionales* fueran una de las lecturas más demandadas en la Casa del Pueblo de Valencia en la primera década del siglo XX?<sup>74</sup>. Más bien cabe deducir, en fin, que una parte significativa de los obreros españoles preferían la literatura y muy específicamente la literatura española en su tiempo de ocio y en su afán de cultura.<sup>75</sup> Según Anderson la novela ayudó a configurar un tipo de lector concebido dentro de los términos de una nación y que aprende a través de la novela la distinción respecto a otras naciones que no son la suya<sup>76</sup>. De esta manera, cada vez que un obrero leía una novela española en su tiempo libre, en su casa o en su sociedad obrera o casa del Pueblo, «aprendía» nación, aprendía a naturalizar un mundo de naciones imaginadas.

Probablemente con su énfasis en oponerse a cualquier afirmación política de lo particular, nadie mostraba una cultura «nacional» más homogénea que los partidos y organizaciones obreristas (en consonancia, precisamente, con la búsqueda de la respetabilidad y la admiración hacia la «alta cultura»<sup>77</sup>). No en menor medida, además, el referente deliberadamente buscado de una cultura laica (en el marco del conflicto y movilización social anticlerical) contribuyó a diseñar una imagen de la sociedad y de la identidad de la nación muy característica.

Creemos que se ha reflexionado poco sobre el alcance de las actividades culturales, en sentido amplio, desplegado en los centros obreros en relación con la creación o difusión de una cultura fuertemente nacionalizada. En este sentido la actividad de los orfeones, teatro, cine o conferencias (y también la de la prensa de que se podía disponer libremente, no solo la obrerista sino la general española) apuntan hacia la coexistencia de una cultura socialista, de marchamo internacionalista pero a la vez, y de

---

<sup>74</sup> Amparo Álvarez: «La Biblioteca de la Casa del Pueblo de Valencia: aspectos de una cultura popular», *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*, 6, 1982, pp. 295-316.

<sup>75</sup> Aunque para unas fechas más tardías, en el caso de La Sociedad de Cultura e Higiene de Cimadevila, Ángel Mato señala entre los autores más solicitados y leídos (como en las demás bibliotecas populares asturianas) de la biblioteca figuran en primer lugar Pérez Galdós y Blasco Ibáñez, seguidos de los asturianos Palacio Valdés y Pérez de Ayala, y ya más lejos los autores del 98. Véase, Ángel Mato: *La Atenas del Norte. Ateneos, sociedades culturales y bibliotecas populares en Asturias (1876-1937)*, KRK ediciones, Gijón, 2008, p. 135. No aparece mencionado ni un solo autor no español entre los primeros.

<sup>76</sup> Jonathan Culler: «Anderson and the novel», en Jonathan Culler, Pheng Cheah (eds.): *Grounds of Comparison*, Routledge, Nueva York-Londres, 2003, pp. 29-52.

<sup>77</sup> Jacques Rancière: *The Nights of Labour: the Workers' Dream in Nineteenth-Century France*, Temple University Press, Philadelphia, 1989.

manera apromblemática, española.<sup>78</sup> Resulta especialmente significativo el ejemplo, tomado de la casa del Pueblo de Madrid, del listado de las conferencias impartidas, que prueban la presencia de buena parte de la intelectualidad republicana, institucionista, etc. (además de la socialista) española más destacada.<sup>79</sup> Difícilmente cabe imaginar otro contenido en estas intervenciones que el característico en los intelectuales españoles del momento, y similar al que podríamos hallar en los centros republicanos. No cabe, por tanto, sino hablar de una función homogeneizadora en el diseño de una esfera cultural nacionalizada, también en el uso de la lengua nacional, lo cual es especialmente relevante en los territorios españoles con otras lenguas. Ciertamente, ello no es óbice para que se pudiera desarrollar un sentimiento de identidad «regional» entre amplios sectores de las clases trabajadoras; por ejemplo, es significativo que junto a las canciones más características como La Internacional o La Marsellesa, los orfeones interpretaran canciones populares y regionales. Este sentimiento no era en absoluto incompatible con la identidad española, antes bien, se presentaba como alternativa explícita a cualquier propuesta antiespañola.<sup>80</sup>

Todo ello sin olvidar nunca que resulta más que probable que cuando nos refiramos a una cultura obrera y a su posible existencia autónoma (como las élites obreristas reclamaban) ésta tenga un alcance bastante limitado. En la práctica, la mayoría de los trabajadores continuaban participando de los espacios de sociabilidad o compartiendo los contenidos de una magmática cultura «popular»<sup>81</sup>. Una cultura que desde el periodo de entresiglos cabe definir como una cultura de masas nacionalizada. De hecho, era contra esta aceptación de la cultura popular contra la que se des-

---

<sup>78</sup> Sería muy interesante explorar el ámbito de las representaciones teatrales y sus repertorios. Un estudio reciente sobre Barcelona apunta a su abundante desarrollo en la sociabilidad obrera, con repertorios frecuentemente interclasistas que combinaban, además, el teatro en castellano con el sainete catalán. Jeanne Moisan, «Entre tréteaux et barricades. théâtre et mobilisation ouvrière a Barcelone, 1868-1909», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 186-187, 2011, pp. 42-57.

<sup>79</sup> Francisco de Luis Martín, Luis Arias González: *Casas del pueblo y centros obreros socialistas en España. Estudio histórico, social y arquitectónico*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2009, p. 203.

<sup>80</sup> *Ibidem*, 223 y ss. En realidad parte de los sectores trabajadores debieron desarrollar un sentido de pertenencia a la identidad regional bastante acusado. Al menos sucedió así entre importantes sectores del obrerismo republicano blasquista y también en Cataluña.

<sup>81</sup> Carlos Serrano: «Cultura popular/Cultura obrera en España alrededor de 1900», *Historia Social*, 4, 1989, pp. 21-32.

gañitaban una y otra vez los líderes obreristas, con un éxito, como mínimo, limitado.

### **Cultura popular y cultura de masas para una nación**

Fue a partir de los años noventa, en una cronología no muy lejana al contexto europeo, el momento en que se evidencia una transformación de las formas de ocio y de las formas de sociabilidad en la cultura popular. Se abrió el paso así hacia formas de sociabilidad y formas de consumo cultural propias de una cultura de masas. Este fenómeno, que se produjo en toda Europa<sup>82</sup>, debemos entenderlo no sólo como un fenómeno general, sino que, en todos los casos, y en plena era de las masas ello implicó la forja de verdaderas culturas «populares» nacionales. Este fue también el caso de España, aunque esta sea una dimensión sobre la que todavía se ha profundizado poco.<sup>83</sup> Así sucede, por ejemplo, en los trabajos de Jorge Uría, sin duda el mejor especialista sobre la cultura popular y las transformaciones de la misma en una cultura de masas. En sus trabajos se parte de una perspectiva analítica que es la del ámbito territorial estatal y, además, la dimensión nacional nunca es problematizada.<sup>84</sup> El resultado es que se demuestra la existencia de una cultura popular (e incluso de unas prácticas de vida cotidiana) nacionalizada y homogénea o con tendencia a serlo. Sin embargo, el hecho de que ello mismo sea parte del proceso de construcción de la nación y sus imaginarios resulta soslayado.

No hay que olvidar que en la segunda mitad del siglo XIX se experimentó una importante transformación de la estructura urbana españo-

---

<sup>82</sup> Alain Corbin (dir.): *L'Avènement des loisirs 1850-1960*, Flammarion, Paris, 1995, Jean Pierre Rioux, Jean François Sirinelli: *La culture de masse en France*, Fayard, Paris, 2002.

<sup>83</sup> Probablemente el primer autor en señalar la nacionalización de la cultura popular en la España de la Restauración fue Juan Pablo Fusi: *España. La evolución de la identidad nacional*, Temas de Hoy, Madrid, 2000, pp. 189-196. Aunque en otro sentido, Carlos Serrano: *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos, nación*, Taurus, Madrid, 1999

<sup>84</sup> Jorge Uría: «Cultura popular y actividades recreativas: la restauración», en Jorge Uría (ed.): *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, pp. 77-108; recientemente ha elaborado la que es la síntesis más extensa y detallada en Jorge Uría: *La España liberal (1868-1917). Cultura y vida cotidiana*, Síntesis, Madrid, 2008.

la.<sup>85</sup> Si bien el peso de las zonas rurales siguió siendo notable, las grandes ciudades fueron ganando peso, especialmente en el primer tercio del siglo XX, lo que a su vez permitió una transformación de las pautas culturales urbanas.<sup>86</sup> Tal vez el ejemplo más significativo y mejor estudiado sea la extensión sin precedentes de la fiesta de los toros, con todo lo que conllevaba de identificación como fiesta quintaesencialmente española. Si a lo largo de todo el siglo XIX había sido un espectáculo muy popular, en la Restauración pasó a consolidarse como auténtico espectáculo de masas. No es casualidad que muchas plazas de toros fueran construidas en estas fechas.<sup>87</sup>

Especialmente importante, sin embargo, fue el caso de la *zarzuela* como género musical/teatral preferido. Hay que tener en cuenta que el debate entorno a una música *nacional* era algo que venía arrastrándose desde el siglo XIX. A finales de siglo, la búsqueda insistente de las esencias y el espíritu nacionales propios del regeneracionismo incluyó también el mundo de la música de manera explícita. Se buscaba una ópera nacional, un sinfonismo español, un *lied* hispano. Es por ello que en la Restauración hubo una auténtica oleada de recopilación y ordenación de la llamada cultura popular musical, de la mano, claro está, de los estudios dedicados al folklore y la etnomusicología (y la mayoría de ellos estructurados en términos regionales). Fue la zarzuela, sin embargo, la que acabó por ocupar en gran medida el espacio *real* de la música nacional y, además, *popular*. Como señaló en 1892 el entusiasta defensor y estudioso de la zarzuela Antonio Peña y Goñi: «Hija del pueblo nació, en efecto, la zarzuela; hija del pueblo fue siempre y sigue siéndolo, e hija del pueblo morirá. Su gloria está ahí, en nutrirse de sangre del pueblo, en señalar los caracteres de una nación en aquello que la nación tiene de más típico, de más individual, que les separa y distingue de las demás naciones».<sup>88</sup>

---

<sup>85</sup> Gaspar Fernández Cuesta: «Crecimiento urbano y modernización en España entre 1857 y 1900», *Érika*, 84-85, 2011, pp. 5-46.

<sup>86</sup> Brigitte Mangien: «Cultura urbana» en S. Salaün, C. Serrano (eds.), *1900 en España*, *op. cit.*, pp. 107-130.

<sup>87</sup> Xavier Andreu: «De cómo los toros se convirtieron en fiesta nacional: los «intelectuales» y la «cultura popular» (1790-1850)», *Ayer*, 72, 2008, pp. 27-56; Jon Juaristi: «El ruedo ibérico. Símbolos y mitos de masas en el nacionalismo español», *Cuadernos de Alzate*, 16, 1997, pp. 19-31; Adrian Shubert: *Death and Money in the Afternoon. A History of the Spanish Bullfight*, OUP, Oxford, 1999.

<sup>88</sup> Las citas proceden de un discurso leído en abril de 1892 ante la academia de Bellas Artes de San Fernando, reproducido en Antonio Peña y Goñi: *España desde la ópera a la zarzuela*, Alianza Editorial, Madrid, 1967, pp. 242 y 244.

Por otra parte, la consideración de los contenidos obliga a concluir que se trata de un ámbito privilegiado para comprobar la difusión de un ámbito común de representación del imaginario nacional<sup>89</sup>. Más allá de la dimensión musical estricta, el análisis de los libretos y de las puestas en escena permite indagar en la plasmación de unas representaciones culturales que los espectadores podían reconocer y decodificar sin problemas como parte de su comunidad imaginada y compartida. La selección de espacios regionalizados (Andalucía, «Levante» o Aragón sobre todo) o localmente muy específicos, como la importantísima zarzuela madrileña, permitía dibujar una geografía de la nación a través de la *patria chica*.<sup>90</sup> Hay que tener en cuenta que el uso (y abuso) de estereotipos fuertemente regionalizados no limitaba la identificación del espectador. No tanto con la región específicamente representada, como es lógico, sino con la nación de la que la región actuaba como parte, específica pero identificable: eran intercambiables, en última instancia. En el caso de la zarzuela de temática madrileña, su función como capital, difícilmente pudo hacer otra cosa que reforzar esta sensación. Además, el tipismo, a través de una autoconsciente fijación de «lo popular», no hacía sino contribuir a la *autenticidad* de la zarzuela. En este sentido, la regionalización de la zarzuela fue de la mano de buena parte de la cultura española que construyó los imaginarios de la nación (de la pintura a la geografía) basándose en las regiones, lo mismo que después sucedería en el cine.<sup>91</sup> Esta representación de la diversidad regional tenía, sin embargo, unos límites precisos respecto del reconocimiento de la diversidad, pues en ningún caso ponía en cuestión la unidad de la nación ni su esencia nacional. Antes bien, la región se convertía en imagen metonímica de esta esencia nacional, única aunque declinada en formas diversas. El despliegue de la pluralidad regio-

---

<sup>89</sup> Serge Salaün: «La zarzuela finisecular o el consenso nacional», en Luciano García (ed.): *Ramos Carrión y la zarzuela*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 1993; «Zarzuela e historia nacional», en Jacqueline Covo (ed.): *Las representaciones del tiempo histórico*, PUL, Lille, 1994, pp. 179-186; «En torno al casticismo... escénico. El panorama teatral hacia 1895», *Siglo XIX (Literatura Hispánica)*, Anejo. *Monografías* 1, 1997, pp. 173-185.

<sup>90</sup> Interesantes consideraciones sobre la dimensión regional de la zarzuela en Margot Versteeg: *De fusiladores y morcilleros. El discurso cómico del género chico*, Rodopi, Amsterdam, 2000, especialmente pp. 361 y ss.

<sup>91</sup> Ferran Archilés: «“Hacer región es hacer patria”. La región en el imaginario de la nación española de la Restauración», *Ayer*, 64, 2006, pp.121-147.

nal era exactamente opuesto a forma alguna de reconocimiento político de la diversidad cultural.

Además, la generalizada difusión geográfica (en ámbitos urbanos, ya sean grandes ciudades o pequeñas, pero también en núcleos rurales) y la proliferación de funciones, en cifras imposibles de calcular pero de miles de representaciones (no hay que olvidar el abaratamiento del precio de las entradas y la construcción de nuevas salas, como sucedió para el conjunto del teatro y después el cine), le otorga una destacada preeminencia (tal vez solo comparable a las fiestas de toros). Sin duda, la popularidad de las piezas perduraba más allá del ámbito de la representación teatral estricta, y las letras y músicas de las obras alcanzaron otras formas populares de reproducción (por ejemplo, a través de las bandas de músicas locales, como en el caso valenciano que las incluían habitualmente en sus repertorios). Resulta imposible exagerar la importancia que tuvo el hecho de que progresivamente una gran parte de la población española pudo asistir a los mismos espectáculos de zarzuela. Merecería la pena poder indagar en la recepción y aceptación por parte del público de los valores y los imaginarios que la zarzuela puso a su alcance. ¿Acaso asistir a una representación no era una forma muy concreta de vivir y participar una experiencia de *autenticidad* identitaria: a un tiempo popular y española?<sup>92</sup> En todo caso, caben pocas dudas de que se trató de un espectáculo de masas que homogeneizaba al público español de cualquier procedencia a través del género *castizo* por antonomasia.<sup>93</sup>

Ya iniciado el siglo XX, las nuevas tecnologías de masas actuaron de manera decisiva en la democratización del imaginario de la nación española. A los nuevos espectáculos y espacios de sociabilidad de masas (music halls, cafés cantantes, etc.) cuyos públicos iban a compartir mensajes estandarizados y nacionalizados<sup>94</sup>, se añadieron, nuevas formas de difusión de la escritura o de la cultura visual: de la fotografía al cine (así como

---

<sup>92</sup> Así funcionó el sinfonismo alemán, como ha mostrado, Michael P. Steinberg: *Escuchar a la razón. Cultura, subjetividad y la música del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2010.

<sup>93</sup> En realidad, buena parte de todo lo apuntado es aplicable al llamado género chico en su totalidad y no sólo a la zarzuela. Véase la síntesis que ofrece en su texto introductorio Alberto Romero Ferrer (ed.): *Antología del género chico*, Cátedra, Madrid, 2005, pp. 9-73; asimismo, M. Versteeg: *De fusiladores, op. cit.* Otras manifestaciones teatrales finiseculares pudieron cumplir una función similar. Véanse, María Pilar Espín Temprado: *El teatro por horas en Madrid (1870-1910)*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1995.

<sup>94</sup> Serge Salaün: *El cuplé (1900-1936)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.

también se incorporó el mundo del deporte como nuevo espectáculo de masas)<sup>95</sup>. Significativamente, para estos nuevos medios de tránsito a pautas de ocio modernas, se desarrolló un intenso debate sobre lo «popular», una pugna para definir la representación de lo que era socialmente aceptable bajo esta etiqueta en la política de masas<sup>96</sup>, pero también lo «verdadero», lo auténtico.<sup>97</sup> Nada apunta, por tanto a que la difusión de pautas de ocio modernas (frecuentemente urbanas) «desnacionalizara» al erosionar la «tradicional» cultura popular, antes bien apuntaló la esfera pública nacional y generó experiencias de participación en la comunidad imaginada.<sup>98</sup>

El cinematógrafo fue uno de los símbolos más representativos de la nueva cultura de masas protagonizada por la transformación de la sociabilidad urbana. En la segunda década de siglo XX el número de locales experimentó un fuerte crecimiento, configurándose en España un parque de salas que se consolidó en la década siguiente<sup>99</sup>. El moderno lenguaje fílmico contribuyó (junto con otros como la radio) a modificar la relación con la cultura de una creciente masa de españoles<sup>100</sup>, además de contri-

---

<sup>95</sup> Juan Francisco Fuentes: «El desarrollo de la cultura de masas en la España del siglo XX», en Antonio Morales Moya (coord.), *Las claves de la España del siglo XX. La cultura*. Sociedad estatal España Nuevo Milenio, Madrid, 2001, pp. 287-305. La reproducción de la nación a partir del deporte y el tiempo de ocio ha sido analizado para el caso británico por Paul Ward: *Britishness since 1870*, Routledge, Londres-Nueva York, 2004, pp. 73-92.

<sup>96</sup> Barry J. Faulk: *Music Hall and Modernity. The Late Victorian Discovery of Popular Culture*, Ohio University Press, Atenas, 2004. Una fascinante perspectiva desde postulados foucaultianos en Peter Bailey: «Entertainment! Liberalizing modern pleasure in the Victorian Leisure industry», en Simon Gunn, James Vernon (eds.): *The Peculiarities of Liberal Modernity in Imperial Britain*, University of California Press, Berkeley, 2011, pp. 119-133.

<sup>97</sup> Podría establecerse una interesante comparación entre el cockney londinense del music hall inglés y los personajes de la zarzuela madrileña en tanto que estereotipos de lo nacional. Véase, para el primer caso. Gareth S. Jones: «The “cockney” and the nation, 1780-1988», en David Feldman, Gareth S. Jones (eds.): *Metropolis London. Histories and representations since 1800*, Routledge, Londres-Nueva York, 1989, pp. 272-324.

<sup>98</sup> Apuntó en este sentido, Vanessa R. Schwartz: *Spectacular Realities. Early Mass Culture in Fin de Siècle Paris*, University of California Press, Berkeley, 1998, p. 6. Diversos estudios de caso sobre como el Estado intervino en la construcción de pautas de ocio nacionales en Rudy Koshar (ed.): *Histoires of Leisure*, Berg, Oxford-Nueva York, 2002.

<sup>99</sup> El estudio más completo dedicado a la evolución de la exhibición cinematográfica en España en el primer tercio de siglo lo encontramos en Emilio García Fernández: *El cine español entre 1896 y 1939. Historia, industria, filmografía y documentos*, Ariel, Barcelona, 2002, pp. 179-267.

<sup>100</sup> Julio Montero, María Antonia Paz: «Ir al cine en España en el primer tercio del siglo XX», en José-Vidal Pelaz, José Carlos Rueda (eds.): *Ver cine. Los públicos cinematográficos en el siglo XX*, Rialp, Madrid, 2002, pp. 91-136.

buir a la construcción de una esfera pública nacionalizada. Sería ya en los años veinte y treinta cuando se produjo la consolidación definitiva del espectáculo cinematográfico entre los hábitos de ocio de los españoles, así como su afirmación como medio artístico y ámbito cultural.

Los años veinte fue un momento clave para la consolidación social del cine y vieron, asimismo, el desarrollo de la cinematografía española, si bien en una trayectoria muy irregular y con fuertes crisis<sup>101</sup>. Una constante del mundo cinematográfico español fue la voluntad de crear un cine nacional, una producción fílmica que estuviera en consonancia con la identidad española, sus tradiciones y cultura<sup>102</sup>. De hecho, la cinematografía española se encuentra en este sentido en consonancia con el contexto europeo del periodo de entreguerras, pues las diferentes cinematografías europeas trataron de fijar un estilo nacional que les permitiera diferenciarse del de otros países (particularmente del cine norteamericano, convertido ya en hegemónico en las pantallas europeas) y ligar la práctica fílmica a la propia tradición cultural y de representación nacional<sup>103</sup>. En esta misma línea, y con el objetivo de consolidar un público amplio, la producción cinematográfica española se desarrolló entre sucesivas tentativas por encontrar géneros «nacionales». Se pretendió incorporar la tradición y el bagaje cultural del nacionalismo imperante en otras manifestaciones artísticas que contaran con respaldo popular. No por casualidad, las pantallas españolas vieron así proliferar adaptaciones de zarzuelas y obras teatrales de éxito, films sobre el universo taurino y melodramas rurales. Asimismo, otra de las grandes vetas creativas fue el costumbrismo regional, y en este sentido una valoración global de los argumentos de las películas producidas durante la dictadura de Primo de Rivera (como lo sería también después durante la II República<sup>104</sup>)

---

<sup>101</sup> Joaquín Canovas Belchi: *El cine en Madrid (1919-1930): hacia la búsqueda de una identidad nacional*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990.

<sup>102</sup> Aunque con conclusiones divergentes, este esfuerzo por crear un cine nacional ha sido estudiado en Nuria Triana Toribio: *Spanish National Cinema*, Routledge, Londres-Nueva York, 2003 y Marta García Carrión: *Sin cinematografía no hay nación*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2007.

<sup>103</sup> Así ha sido analizado en obras como Andrew Higson: *Waving the Flag. Constructing a National Cinema in Great Britain*, Clarendon, Oxford, 1995; Susan Hayward: *French National Cinema*, Routledge, Londres, 1993; Gian Piero Brunetta: *Il cinema italiano di Regime. Da La canzone dell'amore a Ossessione*, Laterza, Roma, 2009.

<sup>104</sup> De hecho, a pesar de la importante ruptura política que conllevó la proclamación de la República, lo cierto es que en el cine español de los años treinta hay una clara continuidad temática con la década anterior.



nos indica la cuantiosa presencia de las temáticas, espacios y folclores regionales.

Merece la pena señalar que esta apuesta nacionalista no se debió a una orientación impuesta desde el Estado, aunque durante la dictadura se impulsaron políticas muy activas de nacionalización que afectaron a ámbitos muy diversos de la sociedad<sup>105</sup>. En el caso del séptimo arte, la «nacionalización» del cine respondió más bien a iniciativas surgidas de la sociedad civil, particularmente de la industria y la cultura cinematográfica española. Aunque se aprobó legislación relativa a diversos aspectos cinematográficos, ni los gobiernos primorriveristas ni después los del periodo republicano impulsaron una política dirigida a construir una cinematografía nacionalista<sup>106</sup>. En otro ámbito, tanto durante los años de la dictadura como durante el periodo republicano se prestó una especial atención a vigilar la exhibición de películas extranjeras que dieran una imagen negativa de España (en buena medida como respuesta a las protestas surgidas en la opinión pública), etiquetadas como «españoladas», bien presionando a las productoras y distribuidoras, bien censurando o incluso prohibiendo filmes que se consideraban una ofensa a la nación<sup>107</sup>. Estas disposiciones nos indican que los poderes públicos tenían claro el potencial del celuloide para la difusión de imágenes y representaciones sobre la nación.

Pero el gran impulso a un cine «nacional», de contenido y estilo español, no provino de los poderes públicos, sino la cinematografía española en sus diferentes vertientes. Así lo hizo la cultura cinematográfica, como prueba la prensa especializada del periodo en que llega a sorprender la rei-

---

<sup>105</sup> La difusión social de la identidad nacional promovida por la dictadura fue más eficaz que la aceptación de los valores ideológicos primorriverista. Alejandro Quiroga: *Haciendo españoles: la nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.

<sup>106</sup> Antonio Vallés, *Historia de la política de fomento del cine español*, Ediciones de la Filmoteca, Valencia, 2000. No obstante, sí que se produjeron determinadas iniciativas por parte de los poderes públicos de contenido nacionalista (como determinadas medidas proteccionistas aprobadas por el gobierno republicano que respondían, sin satisfacerlas completamente, a las demandas del sector de la producción y buena parte de la crítica. Ésta era una preocupación en consonancia con el amplio espacio que tuvieron en la Europa de entreguerras los debates sobre el proteccionismo en el cine, Victoria de Grazia: «Mass culture and sovereignty: the American challenge to European cinemas, 1920-1960», *Journal of Modern History*, 61, 1989, pp. 53-87.

<sup>107</sup> Sobre el discurso nacionalista contra las «españoladas» extranjeras ver el capítulo 2 de M. García Carrión: *op. cit.*; sobre las iniciativas estatales v. Emeterio Díaz: *Historia social del cine en España*, Fundamentos, Madrid, 2003.

teración y contundencia en la exposición de discursos españolistas<sup>108</sup>. La afirmación de los valores patrióticos del cine, la loa de las virtudes españolas, la crítica a una cinematografía que se consideraba insuficiente para una nación de la grandeza de España y la demanda de un cine de contenido nacional fueron cuestiones recurrentes. Las opiniones sobre cine desplegaron de forma explícita una serie de discursos sobre la especificidad nacional y las esencias del pueblo español, frecuentemente definido en términos raciales.

También las empresas productoras de cine y el personal creativo (directores, guionistas) impulsaron dotar de un contenido o estilo nacional a sus películas españolas, coincidiendo con las demandas que se hacían desde la cultura cinematográfica española. Esto no quiere decir que hubiera una única versión de cómo llevar España a las pantallas o que no hubiera divergencias en cuanto a lo «verdaderamente» español. Pero sí había un amplio consenso en torno a la producción de un cine nacional, es decir, inspirado por una noción esencialista de España como fuente creativa, como forma de singularizar la producción española frente a otras y garantía de éxito popular. De hecho, la españolidad de las películas fue utilizada habitualmente como reclamo publicitario. Asimismo, la industria española apostó, de forma incipiente en los años veinte y ya claramente en los treinta, por una política de fomento de un *star system* nacional, promocionando a actores y actrices como iconos de España. En conjunto, pues, puede afirmarse que la industria cinematográfica apostó claramente por una nacionalización del cine, una estrategia que obtuvo no pocos éxitos entre el público.

No menos significativo resulta el debate sobre la lengua en las pantallas que abrió la generalización del cine sonoro. Entre finales de los años veinte y principios de los treinta se generó una intensa (y en ocasiones muy virulenta) polémica sobre el español que debían hablar las películas y la cultura cinematográfica española apostó con firmeza por la promoción de un castellano «puro» o «de Castilla» frente a variantes sudamericanas. Asimismo, se impuso la visión de que el castellano debía ser la única lengua peninsular en la que hablaran las pantallas, y así fue salvo

---

<sup>108</sup> Esta preocupación nacionalista por parte de la cultura y la crítica cinematográfica no sería una anomalía del caso español, sino que se situaría en paralelo con lo que sucedía en otras cinematografías europeas, v. Christopher Gautier: «Le cinéma des nations: invention des écoles nationales et patriotisme cinématographique (années 1910-années 1930)», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 51-4, 2004, pp. 58-77.

en muy contadas excepciones. De hecho, ya en el periodo mudo, el castellano había sido el idioma mayoritario en los carteles explicativos, también con alguna excepción<sup>109</sup>. En conjunto, cabría valorar el impacto homogeneizador en términos lingüísticos que pudo tener el hecho de que en el cine todas las películas hablaran castellano (incluidas las extranjeras, pues cuando se generaliza el doblaje éste se hace sólo al castellano).

Aunque no contamos con estudios sobre la recepción de las películas españolas del periodo (metodológicamente muy complejos de realizar), la apuesta por parte de la industria cinematográfica española por un cine nacional y la reiterada aparición de referentes nacionales en las pantallas junto con la información disponible sobre la larga permanencia en cartel de muchas películas españolas y la respuesta de la crítica y la cultura cinematográfica nos permiten plantear algunas consideraciones sobre el impacto nacionalizador del medio cinematográfico. Cabría apuntar así la importante participación del cine español en la creación de una esfera pública nacionalizada. La producción generalizada por parte de empresas y directores de diverso signo, y el consumo, también generalizado, entre espectadores de diferentes partes de España, de unas representaciones compartidas sobre la nación otorga al cine español en este momento un papel decisivo en la elaboración del marco de la comunidad imaginada.

## Conclusiones

El presente trabajo ha tratado de explorar la hipótesis de como en la España de la Restauración se construyó, en el seno de un marco político unitario delimitado por el Estado, una esfera pública nacionalmente integrada y culturalmente definida (lo que desmiente una vez más, la interpretación de la nación española como exclusivamente «cívica»). Fue la interacción entre ambos ámbitos la que estableció el terreno de juego que determinó las posibilidades y naturaleza de la construcción de la identidad nacional.

La Restauración fue, en aspectos muy diversos, un periodo de fomento muy activo de la nacionalización española, y especialmente de unas pautas de homogeneización cultural, singularmente lingüística y ex-

---

<sup>109</sup> Sobre los discursos nacionalistas en relación con la introducción del cine sonoro, véase el capítulo 3 de Marta García Carrión: *Por un cine patrio: cultura cinematográfica y nacionalismo español*, PUV, Valencia, 2012.

clusivamente en castellano. Nunca hubo voluntad alguna de *reconocimiento* de la pluralidad lingüística por parte del Estado. Por definición, todo proceso de homogeneización cultural (a no ser que desemboque en una limpieza étnica) tiene sus límites, y así sucedió en el caso español. En efecto, la pluralidad lingüística en España no desapareció ni en la Restauración ni en resto del siglo XX. Sin embargo, el proceso de nacionalización tuvo un alcance notablemente más exitoso de lo que el relato sobre las debilidades de la construcción de la nación española, y de manera directamente relacionada de las insuficiencias del Estado, hacen suponer. En nuestro caso, hemos insistido en que la homogeneización lingüística se desplegó tanto en ámbitos dependientes del Estado, así en la educación primaria, como en ámbitos no dependientes del mismo: la prensa, la acción de las culturas políticas fuera del marco del turno o la cultura popular y de masas. En todos estos casos, impulsada desde arriba y/o desde abajo, la esfera pública se concibió de manera nacional, de suerte que concedió un alcance muy limitado a la diversidad cultural (excepto en una dimensión regionalizada políticamente no amenazante). Uno de sus resultados más duraderos (incluso cuando no hubo un proceso directo de sustitución lingüística) fue la difusión masiva del castellano. Habida cuenta que esta era la lengua *nacional*, la del Estado, todas estas dinámicas tendieron a fomentar el prestigio social de la misma en detrimento de las demás. Por otra parte, la creciente integración de una esfera pública en ámbitos como la política y el ocio, ayudaron a la naturalización («banalización») del espacio nacional. Ciertamente, la posición de los individuos no debió de ser simplemente pasiva, aunque es mucho lo que nos falta saber sobre este extremo. La participación desde abajo en los procesos de nacionalización, y por tanto la aceptación del modelo cultural en juego es algo sobre lo que cabe reflexionar. Especialmente en la medida en que no puso en cuestión (ni siquiera entre los excluidos del sistema restauracionista) la aceptación del espacio nacional. Un espacio nacional, en definitiva, delimitado por el Estado y forjado en sus zonas de sombra.